

GLOSA EN HOMENAJE A VICENTE AGUILERA CERNI(*)

JUAN ANGEL BLASCO CARRASCOSA
Académico Correspondiente

Ilma. Sra. Directora General de Promoció Cultural i Patrimoni Artístic, Ilmo. Sr. Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, Excelentísimos e Ilustrísimos Señores, Señoras y Señores:

Supone para mí una enorme responsabilidad, a la vez que indisimulada satisfacción, glosar en este acto la personalidad, tanto humana como intelectual y profesional, de alguien tan admirado y tan querido. Un cuarto de siglo de convivencia, prácticamente diaria, con Vicente Aguilera Cerni me han supuesto una importantísima experiencia, hasta el punto de poder afirmar que mi formación intelectual en el ámbito de la cultura artística se ha ido forjando, paso a paso, junto a este hombre eminente, de quien me siento orgulloso discípulo.

Vicente Aguilera Cerni es —si tuviéramos que definirlo con dos simples rasgos— un escritor, crítico, de arte, que ha enfocado su trabajo como una aportación positiva al desarrollo de la sociedad.

Nacido el día de la Virgen de Agosto de 1920, en la valenciana calle del Mar, “enfrente justo de la casa natalicia de san Vicente” —como a él le gusta recordar—, tras los estudios primarios tuvo la fortuna de tener como profesores, en el instituto “Blasco Ibáñez”, a Alejandro Gaos en literatura y a Antonio Ballester Vilaseca en dibujo. Tiempo de pubertad en el que combina la lectura de los libros de la biblioteca selecta y avanzada, propiedad de su tío Paco, con otros de poesía, mientras pasa horas y horas en casa de los Gaos, un ambiente que le familiarizaba con Renau, López de Ayala, Gómez de la Serna... Estos son los cimientos de su formación intelectual que se van fraguando un tanto al azar. A través de la revista “Murta” conoce los nombres de Gil-Albert, Pla i Beltrán, Max Aub... Pero como a todos los de su generación, el fratricida conflicto bélico español le marcaría indeleblemente. “Uno de los recuerdos más sobrecogedores y vivísimos que tengo de la guerra —nos dijo— fue ver cómo pasaban por la calle de Colón las Brigadas Internacionales recién llegadas, cantando “La Internacional”... Aquellas brigadas venían a simbolizar para mí la lucha por la paz”. Tomando



El Académico de Honor Excmo. Sr. D. Vicente Aguilera Cerni en el homenaje celebrado en sesión de 23 de marzo de 2000 (Foto Paco Alcántara).

una decisión repentina, el adolescente Vicente Aguilera se afilia a las Juventudes Socialistas Unificadas y, dejando atrás familia, amigos, estudios y comodidades, se marcha al frente. En Madrid se ocupará de dirigir una revista combativa cuyo título es “Trincheras”.

(*) *Discurso académico en el acto de entrega de la medalla de honor y diploma acreditativo de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, al Excmo. Sr. D. Vicente Aguilera Cerni, a cargo de Juan Angel Blasco Carrascosa, celebrado el día 23 de marzo de 2000.*

Desde los años de la guerra civil española tenemos ya, plenamente definido, al Aguilera ulterior: un intelectual comprometido, al servicio de la libertad y del progreso. La experiencia bélica le ha grabado su especialísimo sello. Vuelto a su ciudad natal, Valencia, cursa Filosofía y Letras y Derecho, estudios que no puede rematar dada su quebrantada salud. Una larga convalecencia le permitirá cultivar, obsesivamente, su afición por la lectura. Le interesa el arte de los «primitivos» valencianos, y con el apoyo de D. Felipe María Garín y Ortiz de Taranco y D. Leandro de Saralegui se vuelca en su vocación medievalista. A esta época corresponden sus aproximaciones histórico-artísticas sobre Jacomart —entre otros pintores valencianos del Medioevo—, y los estudios dedicados a tratar la personalidad y la época de san Vicente Ferrer. Pero él está llamado por el tiempo histórico que le ha tocado vivir, y pronto reconduce su actividad intelectual hacia la compleja problemática de la cultura artística contemporánea. Con estas palabras lo reconocería años después: “Hubo un momento en el que el documento que aportaba el arte me pareció un tipo de testimonio apto para entender el mundo en que vivimos y para hacer ese algo socialmente útil”. Parece haber escuchado las palabras de Marc Bloch: «El historiador debe estar allí donde está la carne humana...» Y a esta nueva empresa se lanza sin denuedo.

El punto de inflexión, cuando la vocación literaria ya aparece mezclada con temas artísticos, lo marca el año 1955. Sus primeros trabajos se centran en el apasionante campo de la experiencia creadora, resaltando rasgos definitorios de eminentes representantes de la cultura literaria y plástica. Ensayos que versan sobre Thomas Mann (el oficio y el demonio), El Greco (la pasión), Espronceda (el sentimiento), Maurice de Vlaminck (la rebeldía), Marcel Proust (la paciencia), Rainer María Rilke (la soledad) y Vincent van Gogh (la demencia). *La aventura creadora*, junto con *Introducción a la pintura norteamericana* y *Arte norteamericano del siglo XX*, constituyen los tres primeros libros de Aguilera Cerni, a los que seguirán otros hasta alcanzar la cincuentena, algunos de ellos traducidos a varios idiomas.

De entre su vasta producción bibliográfica es necesario subrayar, además, algunas obras fundamentales, como *Arte y Libertad*, *Panorama del nuevo arte español* —libro que publicado en 1966, y traducido al polaco en 1970, es hoy obra de obligada consulta—, *Ortega y D’Ors en la cultura artística española*, *El arte impugnado*, *Iniciación al arte español de la*

postguerra, Spagna: Arte dopo il 1945, Arte y popularidad —por el que su autor manifiesta una especial estima—, *Posibilidad e imposibilidad del arte*, *Documentos y testimonios*, *Arte y compromiso histórico*... Cabe hacer una especial mención del “*Diccionario del Arte Moderno: Conceptos, Ideas, Tendencias*”, obra colectiva por él dirigida, reuniendo las voces preparadas por los mejores especialistas, que sería publicada por Fernando Torres, editor; diccionario de gran utilidad para investigadores, críticos, profesores y alumnos, pronto agotado, que precisa de una nueva reedición. Asimismo, debe significarse aquí su libro “*Textos, pretextos y notas. Escritos escogidos (1956-1987)*”, los cuales “dan testimonio de la época en que he vivido”, según afirma el propio Aguilera en la nota preliminar del libro; obra editada por el Ayuntamiento de Valencia, que compila un amplio elenco de trabajos hasta ese momento dispersos y presentados al lector, tras la previa sistematización, en tres volúmenes.

A lo largo de la dilatada obra aguileriana, un amplio abanico de temas se ofrece al lector y al estudioso:

Momentos y figuras de la historia del arte —Tell-El Amarna, Rafael Sanzio de Urbino, Leonardo da Vinci, Velázquez, William Morris...—.

Cuestiones y temas candentes —el problema social en el arte abstracto, libertad y alienación, arte y libertad, técnica e ideología, arte e insurrección estudiantil, la «crisis» del arte, el «arte» y el «artista», la crítica de arte, lo ilusorio en el arte, artesanía y diseño, la estética en la calle, Marx y el arte a cien años vista, el arte popular, las artes aplicadas, el arte tecnológico y la semiología gráfica, las nuevas técnicas de la imagen, los “verdes” y el arte...—.

Revisiones de momentos históricos y problemas del arte en la presente centuria —la «desestalinización» del arte socialista, el surrealismo, el arte conceptual, la transvanguardia, la postmodernidad...—.

Ensayos sobre Ortega y Gasset y Eugenio D’Ors; retratos y recuerdos de Lionello Venturi, Giulio Carlo Argan, Alexandre Cirici Pellicer, Eduardo Westerdahl...

Análisis de trayectorias y aportaciones de renombrados artistas extranjeros —Raoul Dufy, Paul Signac, Max Beckmann, Frank Lloyd Wright, Willem de Kooning, Emilio Vedova, Lucio Fontana, Max Ernst, Man Ray, Gérard Schneider, Eduardo Paolozzi, Roberto Matta, Wolf Vostell...—.

IncurSIONES en las poéticas plásticas de las figuras más sobresalientes del panorama español —Pablo

Picasso, Joan Miró, Alberto Sánchez, Pablo Gargallo, Vázquez Díaz, Angel Ferrant, Francisco Peinado, Manolo Millares, Jorge de Oteiza, Lucio Muñoz, Antoni Tàpies, Modest Cuixart, Rafael Zabaleta, Gerardo Rueda, Hernández Pijuán, Equipo 57, Vaquero Palacios, Carlos Mensa, Antonio Saura, Manuel Viola, Rafael Canogar, José Caballero, Xavier Oriach, Eduardo Urculo, Fernando Somoza, Orlando Pelayo, Juan Barjola, Elvira Alfageme, Lorenzo Frechilla, César Manrique, Salvador Victoria ...—.

Y, ¡claro está!, su penetrante juicio crítico sobre la obra de valencianos históricos y contemporáneos — Ignacio Pinazo, Joaquín Sorolla, Juan Bautista Porcar, Antonio «Tónico» Ballester, Arturo Ballester, Ernesto Furió, Manolo Gil, Eusebio Sempere, Juana Francés, Salvador Soria, Anzo, Amadeo Gabino, Andreu Alfaro, Andrés Cillero, Nassio Bayarri, María Dolores Casanova, Pérez Bueno, Juan Genovés, Joaquín Michavila, Luis Prades, Alfonso Pérez Plaza, José Quero, Juan Ripollés, Alegre Cremades, Gabriel Cantalapiedra, Joan Castejón, Manuel Boix, Rafael Armengol, Aurora Valero, Antoni Miró, José María Yturalde, Ramón de Soto, Horacio Silva ...—, y otros muchos.

De entre sus monografías sobre determinados artistas plásticos, debe resaltarse tanto su inestimable trabajo sobre el escultor *Julio González* —obra no superada—, que sería traducida al italiano, en 1962, por Edizioni dell' Ateneo de Roma; y su espléndido estudio —el más riguroso de cuantos se le han dedicado— acerca del eximio pintor valenciano *Ignacio Pinazo*.

La significación de Vicente Aguilera Cerni en el ámbito de la cultura contemporánea tiene, en mi opinión, dos vertientes claramente definidas: la valenciana —que se extiende al resto del solar español— y la internacional.

He citado algunas de sus publicaciones sobre temas, problemas y artistas valencianos. Cabría añadir a ello su presencia en el terreno de la cultura valenciana liderando grupos y movimientos artísticos de indisimulado talante renovador. Pues Aguilera Cerni ha sido el principal teórico y animador de grupos tales como «Parpalló» (1956), «Crónica de la Realidad» (1964) y «Antes del arte» (1968), todos ellos promovidos y alentados contra las modas al uso, lo que le supuso, obviamente, contrariedades y vejaciones que quizá, ahora, no vengan al caso. Pero habrá que proclamar en alta voz que sin hombres tan preclaros y de tan firmes convicciones, como es el caso de Aguilera, Valencia no hubiera podido salir de aquel marasmo de ignorancia y oscurantismo.

Imaginémonos, si no, el revulsivo que en sí portaban revistas, por él dirigidas, como «Arte vivo» o «Suma y sigue del arte contemporáneo», nacidas en el páramo cultural de nuestra Valencia de los años cincuenta y sesenta.

Pero no insistiré en estas cuestiones de cariz local —amén de significar la importancia de la *Historia del Arte Valenciano*, obra colectiva, de gran envergadura, que ha dirigido—, pues entiendo que, ante todo, Aguilera Cerni «es un verdadero ciudadano del mundo», retomando las palabras de su maestro Giulio Carlo Argan.

En efecto, su dimensión internacional es aún más notoria y trascendente.

Su firma ha venido estando presente en prestigiosas publicaciones periódicas de Roma, Turín, Milán, Venecia, París, Atenas, Praga, Sao Paulo, Buenos Aires, Caracas, etc. Ha participado en múltiples congresos, entre otros los celebrados en Rímmini, Helsinki, San Marino, Múnich, Venecia, Sao Paulo, Roma, Lausanne, Milán, etc., junto a personalidades de renombre universal, como Jean-Paul Sartre, Pablo Neruda, Ilya Ehrenburg, Miguel Angel Asturias, Lionello Venturi, etc. Ha formado parte de numerosos jurados internacionales, como los de las bienales de Venecia, Alejandría, San Marino, Medellín, Sao Paulo, la Trienal del Japón..., en compañía de ilustres personalidades de la crítica de arte, como Giulio Carlo Argan, Pierre Francastel, Pierre Restany, Umbro Apollonio, Alberto Sartoris, Eduardo Westerdahl, René Berger, Gillo Dorfles, Jorge Glusberg, Lamberto Pignotti, Herbert Read, Zdzislaw Kepinky, Nello Ponente, Giuseppe Marchiori, Rosario Assunto, etc.

De entre sus premios y galardones internacionales, merece especial mención el «Primer Premio Internacional de la Crítica», por la XXIX Bienal de Venecia, concedido en 1959. Con tal motivo diría Argan que «todos los países envidian a España el tener un crítico de arte como Aguilera». «Ese premio —diría años después nuestro homenajeado— me hizo saltar del anonimato a una consagración fulminante». En ese mismo año recibió el «Premio Pi Suñer» del Instituto de Estudios Norteamericanos de Barcelona. Asimismo, le fue otorgada, en 1962, la Medalla Premio Especial de la «Academia dei 500» de Roma y, en dicho año fue designado miembro del comité de Honor, por la «Christian Action» (junto con Picasso, Schweitzer, Cocteau, Cassou, Emmanuel, Moore, Silone), de la «International Exhibition for Human Rights and Racial Equality»,

celebrada en Londres, así como miembro del consejo artístico del "Internazionali Kunstzentrum" de Erlenbach am Main. En 1963 fue nombrado miembro del comité director de las "Edizioni d'Arte Moderna" (Roma), junto con Read, Argan, Cassou, Leymarie, Sweeney, Ponente y Apollonio. En la Asamblea General celebrada en Venecia el año 1964, fue elegido, por votación, miembro del comité directivo de la "Association Internationale des Critiques d'Art" (AICA). En 1965 se le otorgó la Medalla de Oro de la Presidencia del Consejo de Ministros de Italia, «por los múltiples méritos contraídos en el campo de la cultura artística contemporánea», en el Convegno Internazionale Artisti, Critici e Studiosi d'Arte. Y otros muchos reconocimientos —entre ellos el haber sido elegido Miembro de Honor del "Musée du Petit Palais" de Lausanne—, que sería excesivamente prolijo enumerar.

Desde un punto de vista literario el conjunto de su obra rezuma claridad —frente al socorrido crpticismo de quienes no tienen las ideas demasiado claras—, como si hubiese hecho propio el consejo cervantino: «Llaneza, muchacho, no te encubras que toda afectación es mala»; y es que Aguilera escribe con la preocupación de que le entiendan. Sus escritos son portadores de una elegancia de ascendente clásico, más proclive a la síntesis conceptista que a los excesos barroquizantes o culteranos.

Debo confesar que, entre otros muchos motivos de sana envidia propinados por mi maestro, está su "olfato", es decir, su capacidad premonitoria. Al hilo de este asunto, las frases que siguen son suyas, manifestadas en momentos diversos: "Todas las aproximaciones a la verdad son intuiciones poéticas. El camino más directo a la verdad no es la filosofía, sino la poesía. El científico descubridor es el hombre capaz de demostrar una intuición". Y a nadie se le debe escapar que esta facultad intuitiva suya la ha hecho pasar —sistemáticamente, y sin concesiones—, por el tamiz de la averiguación, el contraste, el análisis, la comprobación...

Como crítico de arte —tarea en la que Jorge de Oteiza ha destacado su «rigor científico», su «penetración» y «la atención con que sigue el proceso del pensamiento creativo»—, su oficio, con la autoimpuesta vocación de crear y servir, ha tenido siempre presente la interdependencia y unidad de sentido en un momento dado, aliando conceptos tales como tiempo, espacio, hombre e historia. Para Aguilera, el arte, hijo de la vida, «es también un producto dialéctico y conflictual, crucificado entre

la dimensión vertical de la historia y la horizontal de la sociedad», tal y como escribió, en 1961, en un texto definitorio al que tituló: "*Axiología, crítica, vida*". Su crítica es una «crítica de los contenidos»: estudiar, captar, explicar e investigar, no sólo el significado profundo de determinadas actitudes humanas, sino su condición de datos para entender el mundo en que vivimos. Crítica que, en su propia entidad constitutiva, implica el reconocimiento de ciertos valores, el ejercicio de una estimativa y la actuación de una axiología; axiología que no puede prescindir de la vida, ni eludir la historia, que es el ámbito de su realización.

Y en otro texto suyo, de 1956 —*Consideración sobre la crítica*—, se sincera hasta la médula con afirmaciones que fuerzan a la meditación: "Los críticos y artistas fallan por dar demasiada importancia al arte, que no es sino un camino dependiente del hombre, sus luchas y sus angustias. Si en este hoy nuestro nos encontramos con un mundo antagónico, desintegrado, con la humanidad en trance de abandonar el antropocentrismo para ser poco más que polvo cósmico, con el desmoronamiento de las viejas nociones sobre la materia y la energía, con el suelo movedizo y las perspectivas confusas, ¿cómo pedir atención y jerarquía para unas disciplinas —las que sean— cuando pretenden inhibirse en plena catástrofe? El arte es comunicación, averiguación y aportación. Sólo se distingue de las restantes actividades humanas porque utiliza un lenguaje distinto. El mito neorromántico del intelectual —artista o no—, para el que es preciso hacer un censo aparte, es absurdo y ridículo. Lo hemos inventado nosotros para ahorrarnos sacrificios, cuando nos conviene, en relación con la comunidad. El arte es "Además", una de las formas de expresión del contorno que nos rodea; una pulsación del hombre, profunda en algunas afortunadas ocasiones. Debemos, pues, aprestarnos al sacrificio. Somos síntomas, revelaciones parciales de algo superior a nosotros, en lo que logramos y en lo que fracasamos. Ciertamente, necesitamos grandes dosis de humildad previa si es que de veras queremos lanzarnos con auténtica ambición, pues nuestra propia pequeñez es quien da la medida de nuestra audacia".

El reconocimiento en su propia tierra a esta ingente labor como escritor, historiador y crítico de arte, llegaría por fin. Y así, en 1989, se le concedía el Premi de les Lletres de la Generalitat Valenciana «en atención a la importancia de su labor como ensayista y crítico, a la diversidad de sus publicaciones en relación con

el estudio, divulgación y promoción de la cultura y el arte, así como por su proyección internacional». Justo reconocimiento a la trayectoria de quien ha sabido —lo que es harto difícil— conjugar, a la hora de plasmar sus ideas en un texto, tres niveles temporales tan indisociables como dialécticos: el sentido de la memoria histórica que converge en un momento dado, la consideración global de los vectores culturales que definen cada momento-gozve entre el ayer y el mañana, y la conciencia de responsabilidad para con los tiempos venideros. Ese saber diseccionar parcelas de la realidad, siendo a la vez recipiendario del poso cultural pretérito, hombre de su tiempo, y escudriñador y vate de lo que aún no es, le confieren una singularísima caracterización.

En este perfil, tan ajustado como incompleto, que estoy intentando esbozar sobre la figura aguileriana, otros facetas deben ser traídas a colación: es Presidente de Honor de la Asociación Valenciana de Críticos de Arte y de la Asociación Española de Críticos de Arte, así como Miembro Societario de la Asociación Internacional de Críticos de Arte; miembro del Patronato del Museo Español de Arte Contemporáneo y de la Junta Rectora del Museu d'Art Contemporani d'Elx; Premio Llama Rotaria de las Letras y las Artes del Rotary Club de Valencia y Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes de Valencia. Con todo, sería imperdonable relegar al olvido su ímprobata —que viví tan de cerca— como director de la revista de arte internacional «Cimal», que desde 1979 editó ese personaje —Pascual Lucas—, cuya memoria permanece vívida entre nosotros.

En esta apretada semblanza acerca de la trayectoria profesional y humana del Excmo. Sr. D. Vicente Aguilera Cerni, el excluir una mínima referencia a Vilafamés sería honeroso. Como es de algunos conocido, a finales de los años sesenta, con el propósito de visitar a su tío Francisco Cerni, nuestro prócer viajaba a esta pequeña localidad de la Plana Alta castellonense. Allí establecería contacto con el alcalde de la población, D. Vicente Benet Meseguer, hombre con visión de futuro empeñado en mejorar las condiciones de los habitantes de su pueblo. Así nos lo recuerda el propio Aguilera: "Vilafamés era una preciosidad, con un sabor más acentuado porque estaba en ruinas y las ruinas siempre dan un matiz romántico a las cosas. Vi que reunía las condiciones ideales para hacer un centro de arte y se lo propuse al ayuntamiento. Aunque no tenían dinero, consiguieron de la Diputación de Castellón que comprara el

edificio e hiciera la restauración. El hecho de que allí estuviera el museo llevó a la gente a comprar casas y así se salvó la parte antigua". Así fue, en efecto, y en 1970, cuando —todavía— términos como los de «arte contemporáneo» eran sospechosos de cultura, de vanguardia, de denuncia del yermo paisaje del franquismo, se fundó el Museo Popular de Arte Contemporáneo. Treinta años han transcurrido desde entonces y Vilafamés ha venido experimentando una creciente mejora económica y cultural, como probó en una investigación de campo el catedrático de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Valencia, profesor Aurelio Martínez. Ni qué decir tiene que la figura de Aguilera Cerni es entrañablemente querida por todos los vilafamesinos, hasta el punto de dedicarle una calle y nombrarlo hijo adoptivo. Un museo —éste de Vilafamés, que ahora lleva el nombre de su Director-Fundador— que sólo sería inaugurado oficialmente, por voluntad manifestada por el propio Aguilera, cuando en España nos diéramos una Constitución democrática y los valencianos hubiésemos sellado nuestra diferenciación como pueblo con el Estatuto de Autonomía. Un museo —conviene recordarlo— que fue el primero de arte contemporáneo que tuvo la Comunidad Valenciana, y que cuenta actualmente con unas 600 obras, por lo que precisa de una nueva ampliación para poder exhibir todos sus fondos.

La experiencia de esta concepción museística pionera y auténticamente "diferente", dado su alto grado de originalidad, la ha venido dirigiendo Aguilera Cerni a lo largo de estas tres décadas, sabiendo ilusionar a sucesivos equipos que han venido prestando su desinteresada colaboración a un proyecto tan singular.

El Museo de Vilafamés, concebido como núcleo de irradiación cultural, organizó dos Encuentros Internacionales de la Crítica de Arte: El primero de ellos, celebrado en 1980, abordó el tema *Arte y crisis: para una reflexión sobre nuestro tiempo*", evento éste de gran altura intelectual, en el que participaron, con sus correspondientes ponencias, además del propio Aguilera Cerni, Santiago Amón, René Berger, Román de la Calle, Calvo Serraller, Ernesto Contreras, Corredor Matheos, Raúl Chávarri, Gillo Dorfles, Giralt-Miracle, Jorge Glusberg, Lamberto Pignotti, Arnau Puig, Pierre Restany, Rodríguez-Aguilera, Rodríguez Culebras, Alberto Sartoris, Fernando Savater, Segarra Bel, Eduardo Westerdahl, Gérard Xuriguera, M^a José Corominas, Aurora García, Madero López, De los

Reyes Castañeda, Bartolomé Serrano, Pablo Serrano y José M^a Yturralde. (Con la benevolencia de quienes me escuchan, quiero aprovechar esta ocasión para decir en alta voz que la asistencia a este simposio, y la lectura detenida de las tesis defendidas por los ponentes citados —ya que fui encargado de la edición de estas actas—, supuso para mí la toma de decisión firme y segura de inclinarme profesionalmente por los asuntos relacionados con la cultura artística). Y el segundo de tales encuentros, celebrado en 1982, bajo el denominador común de “*El patrimonio histórico-artístico en la vida y la cultura actuales*”, que recogió las intervenciones de Aguilera Cerni, Gillo Dorfles, M.^a José Corominas, Esteban Chaparría, Fernández Alba, Jorge Glusberg, M.^a Teresa Ortega Coca, Alberto Peñín, Pierre Restany, Alberto Sartoris, Segarra Bel y Eduardo Westerdahl, significó un serio debate sobre todas estas cuestiones que, por fortuna, están ya siendo objeto de atención prioritaria por parte de la gestión cultural.

Desde 1995, el museo de Vilafamés cuenta con un Centro Internacional de Documentación Artística, constituido por un cúmulo documental cedido por el Sr. Aguilera, resultado de una tarea recopiladora realizada durante medio siglo. Tal Centro de Documentación —el más importante de España en su género—, está ubicado en un edificio “ex profeso” construido por el ayuntamiento de Vilafamés. Actualmente en fase de informatización, es de desear que pronto pueda prestar su servicio a investigadores, profesores y estudiantes.

Los que conocemos de cerca a Vicente Aguilera Cerni, somos sabedores de la emoción que le produjo el ser nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad Politécnica de Valencia, en 1990, a propuesta unánime de la Facultad de Bellas Artes de San Carlos; distinción ésta que fue recibida con alto agrado, por lo que tal galardón encarna de reconocimiento en el marco universitario valenciano de su trayectoria intelectual y profesional. Su lección magistral versó sobre “*El Guernica en el tiempo*”; destacando —entre otros aspectos— que Picasso fue un conquistador de futuros desde la consubstanciación con el pasado. En su obra —afirmó— la destrucción y la invención se repiten siempre. Para Picasso fue posible romper la frontera entre el documento y la profecía”.

Llegado al último tramo de esta aproximación a la relevante figura del Excmo. Sr. D. Vicente Aguilera Cerni, quisiera resaltar, siquiera sea a modo de apunte, dos importantísimas cuestiones. A nadie se le

escapa la responsabilidad de formar parte de un órgano de la importancia del Consell Valencià de Cultura, máxima institución consultiva de la Generalidad Valenciana. Pues bien, el señor Aguilera Cerni ha dedicado a este difícil menester sus mejores energías a lo largo de los últimos años, primero como consejero, después como Vice-Presidente y finalmente como Presidente de tan magno organismo, aportando —hasta que su salud se lo permitió— prudente juicio, autoridad ponderada, justo equilibrio y lucidez política. Y la otra, para la que cualquier adjetivo sería pequeño, alude al reconocimiento que le fue concedido en 1996: la Distinción de la Generalidad Valenciana al Mérito Cultural.

Creo no equivocarme al afirmar que el gran mérito de Aguilera Cerni radica no sólo en haber ido sentando sólidos pilares para una «edificación» de la cultura artística valenciana y española conectada con el ámbito internacional —cosa que, en sí, ya sería suficientemente meritoria y digna de agradecer—, sino, muy especialmente, en haber intuido lúcidamente el futuro.

El futuro. Este es el tema predilecto del soñador, del espíritu crítico, vanguardista, moralista y utópico que es Vicente Aguilera Cerni. Este hombre honesto y cívico que continúa creyendo que «lo más hermoso es pretender lo imposible», al tiempo que se lamenta de que «en nuestra época se ha perdido, en gran parte, la voluntad de incidir en el futuro». Precisamente de la utopía, el futuro y el tiempo trata el libro en el que se halla ocupado en la actualidad; obra que esperamos, expectantes, aquellos que sabemos de su capacidad para sembrar luz, incluso fuera de la oscuridad.

El futuro, sí..., y la ética. Porque su figura moral, «ejemplo de dignidad, de coherencia, de valerosa firmeza...», como ha sido retratada por su maestro Argan, nos sirve hoy de señal, magisterio y autoridad.

En este mismo lugar en que hoy nos encontramos, el hasta ese momento Académico correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, leía su discurso de ingreso como Académico de Honor, versando “*Sobre el tiempo, la cultura artística, el valor de las palabras y otras cosas*”. Era el 12 de mayo de 1994 y en aquella ocasión, Aguilera Cerni, este valenciano ilustrado, planteaba una honda reflexión sobre la problemática intelectual que le ha venido ocupando, yo diría que obsesivamente, durante los últimos años. “Lo que más perplejidad me produce es el tiempo —declaraba, no hace mucho—. Si el pasado no existe y el presente —de tan efímero— no

es nada, sólo nos queda el futuro, pero con la duda de si el futuro viene hacia nosotros o nosotros hacia al futuro. Si eres inconformista tratas de conquistar el futuro. Ahí radica la base del pensamiento utópico”.

Sé de buena tinta que a Vicente Aguilera Cerni este acto de homenaje, en el que se le hace entrega de la Medalla de Académico de Honor de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, y de su Diploma acreditativo, le impone y emociona. Y también sé que lo agradece de corazón, a la vez que le abruma esta solemnidad con que nuestra Real Academia lo distingue. Pero el ritual desplegado aquí por esta nobilísima institución que se precia de contar

con su eminencia, no está reñida con la sinceridad del afecto que se le profesa. Y es que —además— era de toda justicia tributar este indiscutido galardón a un hombre como Aguilera Cerni, idealista y autocrítico, atrevido y tímido, cortés y discreto, sociable y solitario, abierto y tierno, irónico e ingenuo, sutil y espontáneo, sabio y sencillo...

Pues él ha sido, y sigue siendo, verdadera alma inspiradora, intrépido animador cultural y guía de inusitados proyectos; la principal figura de la crítica valenciana contemporánea, que ha dado aliento a tantas y tan sugestivas iniciativas, y que con su ingente labor ha contribuido al enaltecimiento de Valencia y a su prestigio en el mundo.